EL HOMBRE

SEMANARIO ANARQUISTA
Editado por los Centros de E. Sociales
REDACCION Y ADMINISTRACION
AGRACIADA 1882

AÑO II | MONTEVIDEO, SABADO 1.o DE DICIEMBRE DE 1917 | (PORTE PAGO) | Núm. 58

GIROS Y CORRESPONDENCIA
: : : : A NOMBRE DE : : : :
CARLOS ARMELLINI

ESCUELA RACIONALISTA

Escuelas? muchas. Laicas, religiosas, oficiales; pero integralistas o racionalistas, ninguna.

Escuela Racionalista? Si; donde el niño adquiera aptitudes de raciocinio, hábitos de indepedencia, criterio, iniciativa. Donde se cultive un profesionalismo integralista: la profesión de hombre, como han dicho Guyot, Renan, Rodó.

El niño, educándose en terreno deamplias percepciones directas; preparándose en el progreso de su sensibilidad para todo lo que vive, palpita y vibra en torno del hombre. Estimación de lo pequeño y de lo grande, partes de un todo: el Universo. Percepción de las manifestaciones vitales, de las fuerzas vivas de la sociedad: conocimiento de la ley de las leyes: el progreso.

La Escuela Racionalista, con su programa educativo transforma la experiencia de ayer en la ciencia de hoy, estimula los sentimientos más humanos y contribuye a la formación de pensamientos más justos, más diáfanos y luminosos; combina la libertad de movimientos del niño con la adquisición de conocimientos; deleita y entretiene a la par que educa y enseña: procura la salud del cuerpo y la salud del alma, y no olvida, que es la naturaleza, quizá el mejor libro de enseñanza.

La Escuela, no es propicio ambiente para el patriotismo y la religión. Esos son prejuicios o virtudes de los hombres, impropios de la infancia y de la educación.

Aire, sol, libertad de movimientos: salud física.

Contacto con la naturaleza, iniciativa, análisis, ciencia, progreso del raciocinio; salud moral.

La Escuela Racionalista no existe aún entre nosotros.

Hay muchas escuelas, pero la verdadera escuela hay que crearla.

La Liga Rocionalista del Uruguay, procura fundarla, grande, libre, buena. Contribuyamos todos, pues, a esa noble obra, necesaria, excelsa, magnífica.

El arbitraje obligatorio

Los bandidos capitalistas tienen ocurrencias geniales.

La más reciente, es la del arbitraje obligatorio.

Salgado, el insigne diputado oficialista, halla altamente cómodo para el progreso de las finanzas, para las arcas de los expoliadores del obrero y para tranquilidad de las gentes de la política, que no haya huelgas. ¡Ah, los conflictos obreros!...

Si; no hay idea más clara, ni solución más justa que atar al obrero al carro del trabajo forzado, destruyendo con una ley la libertad de huelga.

Los obreros no podrán declararse en huelga—salvo en tales o cuales condiciones—sin caer en el dominio de lo ilegal y ser objeto de represión y castigo. Cualquier conflicto entre el capital y el trabajo, habrá de someterse a un arbitraje, a soluciones de palabras o de escritos, a dilaciones leguleyas sin que el trabajo se entorpezca, haciendo que la guerra del trabajo al capital sea imposible. Pero se olvida, que con ello, se garantiza como permanente la guerra del capital al obrero por la anulación de la resistencia de éste, por la amputación del derecho de defensa, lo que es un crimen.

Pero no nos alarmemos demasiado. El arbitraje obligatorio no puede ser realidad, por que los obreros no lo quieren, por que están decididos a combatir la intromisión del Estado en sus conflictos.

La ley Salgado, morirá siendo proyecto. No podrá ser una realidad nunca, mientras a los obreros les reste un poco de dignidad y de altivez.

Hay quien dice, que antes de que esa ley sea discutida en el parlamento, se consultará a los obreros agremiados y a los capitalistas. El resultado de esas consultas, por parte de los obreros, será una rotunda negativa.

Ténganlo ya por sabido.

BOSQUEJO

Como la luna serena, al reflejar la luz solar vierte sobre la tierra en un excelso brindis su nacarado destello, así quiero a los hombres, inconmovibles en sus siembras ininterrumpidas derramando la luz magnificente y vitalizadora de sus idealismos por los dilatados ámbitos del planeta.

Sabido és, que ni el sabio maestro, ni el bondadoso ser, pulsan la armoniosa lira de la verdad, orientando los pueblos; lo contrario sucede generalmente, estando arriba los mediocres cuando no los peores, pesando sobre la vida la mole glacial de lo estéril que és, el maleamiento total de un ambiente en camino de tornarse imposible. La historia, es un documento donde se han inscripto con sangre, con catástrofes, con barbarismos horripilantes, la insania de los hombres, su carencia de aptitudes de raciocinio.

Pero los principios de una nueva era, los cimientos del radiante porvenir, son obra en marcha de los mejores, de los selectos que sienten muy hondo, allá en lo íntimo de su espíritu, la armonía sublime de lo fraterno, un amor sereno como un rayo de luz que se hace verbo en la palabra y fruto en la santa y fecundante acción.

Y, és, en el dominio de su individualidad, donde el hombre nuevo ha de hallar la clave para descifrar el enigma del mal que ha poseido al mundo; obteniendo sobre la experiencia de los siglos que han sido, el premio de sabiduría que ha de evitar obstáculos y dificultades al avenir.

Cuando el hombre se ha interrogado, cuando ha puesto los anhelos de renovación frente a la herencia psiquica e instintiva que le han dejado sus genitores y desarrollado los encargados de su educación, provocando así un trascendental conflicto, el pro reso se cumple como una ley y el pasado va perdiendo poco a poco su nefasta influencia, diluyéndose en la lejanía como una densa masa de humo sometida a la acción de el gran renovador.

C. ARBELO.

Apóstrofe o lo que sea

AL "PADRE" RIVERO

Torpe felón sodomita
Fraile, hipócrita perverso,
Quiero dejar en el verso
El odio que en mi palpita.
Quiero azotar con invicta
Fuerza, tu rostro espectral.
Figura sacerdotal
Que manchando la inocencia,
Desbordó toda indecencia
Con su espíritu bestial.

Jesuita, infame, protervo
Cínico ensotanado,
Tus hechos han demostrado
Cual es tu preciado verbo.
Mezcla de perro y de cuervo
Con instinto de chacál,
Quiero tu acción criminal
Denunciarla al mundo entero,
Que dirá: el *padre* Rivero
Fué un sacerdote inmoral.

Los niños que le confiaron
Para que los educara,
Y no para que saciara
Su instinto, por el dejaron
La inocencia, que mancharon
Los hechos del criminal.
Sinvergüenza, desleal
Parásito de sotana
Que fingiendo una idea sana
Pudo cometer el mal.

Corrompido, corruptor
Fruto de oscuro convento,
No pudo en ningún momento
Ser un buen educador.
Así lo dice el clamor
De los niños mancillados.
¡Por los hechos consumados,
Todos los «padres» Rivero
En reforzado chiquero
Debieran ser encerrados!

EVARISTO BARRIOS.

Ensenada, (R. A.)

El caso de Félix Peyré

Peyré ha sido castigado por salvar una vida. Los factores de su condena, pueden enorgullecerlo. Ser perseguido por hacer el bien, es altamente honroso y no es común.

Por virtud de un régimen de vida detestable, el crimen es ensalzado, si salvar una vida merece condenación.

Si recomendar a los hombres enfermos que se pongan más intimamente en contacto con la naturaleza—aire, sol, agua,—es considerado como delito en país como el nuestro que se precia de progresista, que concepto puede merecer el cuerpo médico, la ciencia, más mercantilista que arte de curar?

Hay médicos, que son agenos a manifestaciones delincuentes como la presente, donde se condena a un hombre por haber realizado un acto que merece ser ensalzado y premiado. Esos médicos, serán la excepción si se quiere, pero es indudable que el ejercicio de la profesión no ha secado del todo el jardín de sus bellos sentimientos. Y son ellos, los buenos, los que debieran rectificar en esta hora el equivoco que se establece sobre el cuerpo médico en general; son ellos los que debieran repudiar una condena injusta, pugnando abolir esas prácticas persecutorias hijas de un celo mercantilista muy vituperable.

Insistiremos.

La politiquería andante

Batlle, la personalidad política idolatrada por unos y odiada hasta el paroxismo por otros, ha hecho declaraciones, de las cuales resulta que se ha burlado de todos aquellos que creen en la política, y nos ha dado la razón a nosotros una vez más, evidenciando que la política es una cosa elástica y sucia, un engaño frecuente y una simulación elevada a la categoría de arte.

Blancos y colorados, ante la evidencia misma de los hechos, no pudieron eludir la flecha que ha brá herido su amor propio, ya que han sido instrumentos pasivos en manos de un hombre que supo jugar con amigos y enemigos en beneficio de sus propósitos.

Cuando se hagan declaraciones políticas, habrá todavía quien pueda creerlas sinceras, después de esta lección?

No censuramos a Batlle por su simulación, ni a los blancos por su ingenuidad; son cosas de ellos, de los políticos, que nada importan a nuestros finalismos.

Lecciones como éstas, traerán la necesaria consecuencia del descrédito político que es en nosotros un anhelo y entre los trabajadores una necesidad.

El arbitraje de América

Apartad a esos niños que pelean, que se matan.

PALABRAS DE MADRE.

En el grito de dulce ira que las madres lanzan cuando los niños pelean, se hallan los principios de una fórmula perfecta de arbitraje. Las madres proceden por instinto, y cuando separan a dos rapaces que por la diferencia de un juguete o por otro motivo de igual significación se van a las manos, dan, sin saberlo, una alta lección de humanidad. Apartar a los que riñen, es el deber de un tercero. Las madres conocen este deber, pero esto que conocen las madres, sólo lo comprenden los niños.

Los hombres ajustan la pelea a cánones de sabiduría y se sienten orgullosos de su ciencia. Entre dos sujetos que se acometen como fieras, se interpone el arbitraje del juez y luego el presidio. A los hombres no se les aparta porque no se los estudia, se les condena. El arbitraje de los pueblos que guerrean, se halla en la gloria que conquistan por medio de los valores brutales de sus fuerzas. Los pueblos riñen para significar e imponer su destino, y el destino es para ellos toda su historia presente con los agregados que sitúan en las aspiraciones de su historia futura.

¿Cómo apartar a los pueblos que dan la cara a la muerte, teniendo de la guerra, como tienen, un concepto glorioso y cifrando en el crimen que la guerra implica su más grandes y magníficas esperanzas? Esto no es fácil. Ni es una idea de civilización, ni es un instinto de madre. Sin embargo, la guerra es un espectro que derrama desdichas y produce ruinas por doquiera que pasa y a quien ya se le empezaba a temer y a quien se quería proscribir de las civilizaciones modernas. El hombre culto venía maldiciéndola y las sociedades proyectaban conjuraciones en su contra. Las ideas de arbitraje que preocupaban al mundo político en los últimos decenios, pretendrían inspirarse en los propósitos de una paz permanente. Las naciones querían atrofiar el órgano de sus actos guerreros, lo que no era óbice para que siguieran armándose y para que enseñaran sus colmillos a prueba de bombas. Querían la paz, pero no el desarme; querían que las conquistas tocaran a su término, pero sin dejar por ello de acechar los momentos en que pudieran acrecentar sus colonias, mover aumentativamente sus fronteras y tener un triple derecho sobre las cosas en vez de un derecho único. La política de las naciones, convenía y concordaba en ideas de arbitraje, pero sin decidirse a resolver sus problemas. A dos países en diálogo de disputa, ofrecianle un juez que diriniera y sentenciara; más las funciones de este juez concluían en cuanto los ejércitos empezaban a alinearse en campos de batalla.

El arbitraje del mundo político, pues, no sobrepasaba la guerra; vale decir, carecía de fuerzas suficientes para eliminar sus causas conocidas, para apartar a los enemigos y ponerlos de espalda con dirección a la amistad, como hacen las madres con los niños. El árbitro era una entidad inconclusa o una entidad incapaz. De ahí esta guerra, la guerra más horrible que los ojos de la especie hayan visto en el correr de los tiempos.

«La guerra sólo con la guerra se concluye», definen todos aquellos que la juzgan políticamente. Y sentencian: «Entre los pueblos que se entrentan y se cañonean en masas formidables, gritando y muriendo, hay siempre unos que tienen más razón que los otros». Y es a esta simple razón a la que se acogen, en el conflicto actual, los pueblos espectadores, si bien saben que esta razón cede luego ante la fuerza victoriosa que es la que fija e impone las leyes del derecho.

América se halla en ese caso. ¿Quiénes son los pueblos que tienen más razón en la guerra que Europa ha desencadenado? Se ha dicho; y contestándose por boca de sus profesores, de sus jurisconsultos, de sus diplomáticos y gentes de letra, ofrece su ayuda, sus fuerzas y sus medios a la guerra, para que por la guerra salgan triunfantes aquellos pueblos que, a su juicio, tienen derecho al triunfo. Es su última palabra llevada a la decisión. América cree saber como procede, sin duda. La libertad de los pueblos que uno de los beligerantes trata de ahogar entre sus garras, debe salir airosa, enuncia América, al mismo tiempo que muestra a la luz de la hoguera su espada reluciente. Es así, de esta suerte, cómo se considera un árbitro poderoso, un juez que sentencia la cuestión y que se apresura a llevar las energías de su mundo allí donde es necesario que la ley se cumpla.

Pero, ¿y si se equivoca? ¿Y si esta guerra no concluye con la guerra, como es probable, y como se empeñan en asegurar los que la juzgan desde los planos de la historia? ¿Y si todo el mundo dividido en dos hemisferios de destrucción, es incapaz de vencerse, de quebrar las líneas que lo equilibrian y de poner término a la hecatombe por medio de los ejércitos, de su hierro y de su fuego? América no ha detenido su atención sobre este aspecto del fenómeno. América, delirante de entusiasmo por una de las supuestas causas que cree defiende la guerra, no ha estudiado su posición y menos ha pensado en un complemento racional que hiciera eficiente el arbitraje de la pretérita política europea. Es un continente que presta absoluta obediencia a la teoría de aplicación de las instituciones que se despedazan.

Sin embargo, ¿qué es América como fuerza de batalla? Muy poco, nada. En cambio, ¿qué podría ser como árbitro inteligente? Mucho. América, como fuerza de batalla, no despierta en el alma del emperador a quien odia, ningún sentimiento de pesar; al contrario, lo enaltece y le hará decir en algunos de sus momentos joviales, más o menos lo que ha dicho su diplomático Luxburg: «Que los americanos son indios con un barniz de civilizados».

En efecto, el arbitraje de América, yendo a la guerra, declara su torpeza y su impotencia. Pero no yendo a ella, quedándose en paz, estudiando la geografía política del universo, uniéndose en conversión, emitiendo juicios de cordura y planeando movimientos de libertad, acaso la guerra cediera ante su peso ético, y tal vez la Alemania de las fuerzas disciplinadas llegara a pensar que por encima de su espíritu pesado, hay un espíritu claro y lijero que aspira a que el destino de la humanidad quede librado al esfuerzo progresivo de todos los pueblos. Y esta actitud sería su mejor arbitraje.

Pero América, o no sabe o no quiere rectificar a Europa, lo que, en otros términos, quiere decir que que se engaña al juzgar la guerra desde los mismos puntos de vista de uno de los beligerantes. Se engaña, en efecto, porque esta guerra, o se le pone término desde la paz, o la sangría humana seguirá derrotero de años y años, aunque cambiando de significación y de aspectos.

¿Por qué América no intenta el esfuerzo de ponerle fin a la contienda, echándole encima el libre desenvolvimiento de todos los pueblos? Tal intento significaría, pues, su arbitraje definido, nuevo y noble.

José Torralvo

Las libertades de América

——

Chile, tiene su «Ley de Residencia». Los hombres de ideales avanzados no serán admitidos en aquel país, y los que allí están, serán expulsados si así conviene a los altos fines de los capitalistas y gobernantes.

América se está democratizando, sin duda alguna. En Chile, se dictan leyes negadoras de toda libertad ciudadana; en el Uruguay, se expulsa sin necesidad de ley alguna.

Menos fórmulas legalistas tenemos; y en eso vamos ganando sin duda.

El parlamento chileno se ha lucido esta vez.

¡América progresa!

Pequeñas críticas literarias

I

El estado actual de mi espíritu, o de mis nervios, como queráis, no soporta la contemplación del espectáculo de la vida. La guerra me aburre por su mucho estruendo continuo y también me aburre el silencio, no menos continuo, del señor Irigoyen. Y como la guerra y el señor Irigoyen son los únicos objetos que mantienen despierta la atención de todos los argentinos, siendo para mí, que también soy argentino, objetos indiferentes, no sé a qué cosa aplicar mi curiosidad. Es decir, no lo sabía días atrás, pero hoy sí lo sé. Aplicaré mi actividad a la lectura y hablaré de libros. De libros de autores argentinos o de extranjeros aclimatados.

Empezaré hablando de una novela de Godofredo Daireaux, titulada: *Las dos patrias*. Es una novela sin alma, escrita prosaicamente: todo en ella es mezquino y de una frialdad que desencanta. Hasta los mismos amores del protagonista son perfectamente vulgares; en estos amores, sin relieve, se advierte la costumbre, juiciosa para las madres, del casamiento sin pasar por las inquietudes de una pasión azarosa.

La novela es una crónica de hechos escrita por un comerciante judío. El autor no ha querido, o no ha sabido, que es lo más probable, describir los encantos de las tierras vírgenes, ganadas a los indios, por donde pasea su héroe; nada, ni la exaltación leve de un sentimiento artístico, muy humano en el fondo, ante las pampas inmensas. ¡Qué trialdad desesperante! Los campos no tienen misterios; las noches del desierto no dicen nada al oído del hombre; no hay poesía en las lomas ni en los arroyos ni en el cielo... La naturaleza está muerta en esta novela; sólo habla en ella la ambición material, el ansia de la riqueza. No he de caer en la manía, ya vulgar, de criticar el mercantilismo argentino; pero creo que esta novela constituye una verguenza literaria para el país. A mí no me importa. El canto a la prosperidad material puede muy bien subsistir al lado del sentimiento sublimizado por la contemplación de la naturaleza. Nos lo prueba *El Terruño*, obra del uruguayo Carlos Reyles.

Las dos patrias: sequedad espiritual—realidad argentina.

——

El filósofo que dijo que el hombre está hecho de tal manera que le es imposible resistir a la tentación de gozar del mal, dijo una verdad que halla prueba todos los días. A ese filósofo le he suministrado yo una nueva prueba, pues figuraos vosotros que no he podido resistir la tentativa de leer otra obra de Godofredo Daireaux, titulada: *Las veladas del tropero* (cuentos pampeanos). Confieso sinceramente mi nuevo desencanto. Creí, primeramente, antes de leer por supuesto, que este volumen me conmovería con las vivísimas emociones que me produjo la lectura de *Nativos*, de Santiago Maciel. ¡Cuando! *Las veladas del tropero*, tiene todos los defectos de *Las dos patrias* y de todas las patrias juntas. En los cuentos no vibra el entusiasmo por la naturaleza; todo es frío, vulgar y falso. Falso, no hay duda. Casi todos los cuentos, de índole fantástica, tienen su moraleja trasnochadora, impropia de la naturaleza del ambiente gaucho. El autor escribe con criterio de hombre de Estado. En todos los relatos aparece Mandinga concediendo poderes maravillosos a objetos y personas con el fin solamente de hacer triunfar el principio de propiedad. ¡El respeto al principio de propiedad en el ambiente gaucho! ¿Qué sabe el gaucho de la legitimidad de los alambrados y de la distinción *civilizada* de lo tuyo y lo mío? Daireaux ha hecho de Mandinga un legislador de la pampa, penetrado de todas las ideas expuestas en los Códigos de todas las naciones. Bien decía yo que esta obra tiene los defectos de todas las patrias juntas...

Por medio de fantasías disparatadas, quiere el autor enseñarnos la moral de los catecismos políticos de los conservadores, o de los *conservaduros* como decía el gracioso y caústico Valbuena: obediencia a los principios que sostienen los sis-

temas sociales de hoy. No veo otra cosa en estos cuentos, pues me es imposible creer que los gauchos tengan un respeto tan cumplido y una idea tan perfecta de la moral de los propietarios.

¡Tiene gracia eso de convertir a Mandinga en juez ejecutor de la ley!

Nada en este libro da la impresión del gaucho; hasta los diálogos no son naturales. Hablan gauchos y parece que hablaran académicos: tal es la corrección del lenguaje.

Las mismas imágenes de los relatos son académicas; indefinidas, por que pueden adaptarse a cualquier ambiente. No conozco libro americano relacionado con la vida del campo que excluya con tanta minuciosidad el localismo pintoresco, como este libro de Daireaux.

Las veladas del tropero es un libro profundamente antipático. Como es necesario pasar por todo en esta vida, hasta por lo más malo, lo he leído hasta el fin; heroismo común, no hay duda, pero que deja un tedio inmenso en el corazón...

Ricard.

LATIGAZOS

— —

Crean en Dios, en la virgen, en todos los santos si así les place, pero trabajen los holgazanes curas, frailes y monjas, cumplan sus obligaciones naturales, ganen el pan con el sudor de sus cuerpos, abran el surco o bajen a la mina, vivan del propio esfuerzo honradamente, santamente, cumpliendo así la ley moral.

Nada de iglesias como teatros del culto, ni de ridículas ceremonias, ni de otras tonterías que llevan a una vida criminal de comer lo que no han producido, de vivir de la explotación del prójimo, robando descarada y vilmente el esfuerzo de los demás hombres.

Las creencias son del fuero intimo en cada hombre, no ocupan lugar porque son inmateriales, y solo estorban el progreso social cuando se materializan en necedades místicas y en fanatismos delincuentes: construcción de templos, en maldita tiranía, en criminal parasitismo.

No nos importan, pues, las creencias, pero si las imposiciones que ellas aportan, la explotación del trabajo, el peso muerto que desde tantos siglos cargan los pueblos sobre sus espaldas.

Crean en Dios, en la virgen en todos los santos, si así les place, pero que trabajen los bandidos, pero que dejen de usufructuar lo que no han producido, producto del esfuerzo del prójimo, que dejen de ser ladrones y entren al fin en el ambiente de las personas honradas.

EL HOMBRE

— —

Muchos han sido los buscadores de Hombres; mucha falta han hecho siempre los Hombres entre los *hombres*; la masculinidad podrá marcarse en los físicos, pero ya no se nota tanto en los morales, y casi se esfuma en las ideologías, para no hallarse ni rastro en las gestas del pensamiento renovador... ¿Excepciones?... Bueno, pero, ¿es que las excepciones pueden constituir regla? y, además, constituyen cohesión esas excepciones y, por tanto, fuerza eficiente?

El Hombre ha de ser muy superior a sus congéneres hombres, es decir, el Hombre debe ser muy superior al montón de hombres que en la sociedad vemos entre sus múltiples mecanismos, que actúan con tachas serias, con poses sabiondas, que se disfrazan con ropajes *chic* y viven de acuerdo con normas por ellos establecidas... Pero el que buscamos nosotros, el que anhelamos surja no es ese orangután *racionalizado* que come y descome mecanicamente; que rie, y sólo por esto se diferencia del gorila, las estupideces que dice e inventa; que se rodea de vicios, y he ahí su distancia del chimpancé, como si fueran cualidades humanas; que dice pensar, lo que le diferencia del resto de los animales, pero que ni piensa ni ha pensado nunca... ¡Y, dale con las escepciones!, y hasta aun muchos de los que dicen o se creen pensar, no son, a pesar de sus catilinarias, ni hombres, ni renovadores, ni despreocupados, ni conscientes ni *chicha ni limoná*, como diría el tipo del sainete.

Probad de hacer algo que se salga de los patrones corrientes; probad de elevaros hasta confundir a los pseudo-super-hombres; probad de pulir vuestro carácter, vuestra modalidad, vuestra inteligencia, probad de gastar aquello que pronto será desconocido entre los humanos, esto es: sinceridad, tolerancia, raciocinio, ecuanimidad, espíritu de observación y justicia; probad de templar vuestra voluntad en el yunque de la acción persistente y tenaz, segura y seria; probad en fin, de cumplir vuestra misión en el seno de aquello que estiméis mejor, y enseguida lenguas viperinas, envidias felonas, heridas traidoras, inmundicia asquerosa, lamerán vuestra conducta, minarán vuestra buena voluntad, desgarrarán vuestras carnes, llenarán de porquería vuestro camino... pero también si poseéis un carácter como se requiere, es decir si sois Hombres, estad seguros de que en la acción o en la derrota, en la obra o en el descanso, sentiréis una satisfacción intima, noble, vital, reconfortante que os hará sentir orgullo propio... pero guardaos bien de caer en la egolatría, porque entonces cuanto podais haber hecho se derrumbará y pereceréis bajo sus escombros, pues os convertiriais en hombres como los demás. El Hombre no se diferencia de los demás sino en sus hechos, en la acción, en cuanto constituye esencia humana y pensante.

Y eso acontece en todos los principios, en todas las ideas, en todos los casos; avanzados o retrógados, misoneistas o precursores, estan todos sujetos a iguales peligros porque la sociedad no tiene entenados; en uno u otro bando el que sabe salvarse del contagio, el que sabe superiorizarse, elevarse, dignificarse, será Hombre, mientras los demás hombres siguen pretendiendo una superioridad suya sobre los demás animales, en tanto que la inferioridad a ellos es cada vez más evidente, adquiere mayor relieve.

Ah!, se nos dirá, eso está bien al referirse a los desgraciados que la sociedad sostiene o que la sostienen ellos resignados o por conveniencias interesadas; no así cuando nos fijamos con los novadores, con los despreocupados, con los liberadores conscientes...

¡Sonriamos!... Bueno, seamos indulgentes; dejemos que los cándidos y bonachones dejen ilusionarse con las etiquetas, con los machambres, con los deseos de *tutti quanti farabutii*, sabe superiorizar a los sacamuelas de plazuela, pero que los Hombres sigan su camino, anden, anden sin volver atrás sus miradas, y sigan construyendo, y sigan creando, y esparzan semillas sanas, y labren campos, y los trabajen para la buena cosecha, aunque tardía... Si, en este caso seamos indulgentes, tolerantes, dejemos a los cándidos...

Pero los Hombres, adelante, adelante, adelante, siembren, crean, construyan!... ¿Qué?... racionalismo?, ciencia?, arte?, sociologia?... eso u otra cosa, con tal que sea el gérmen de futuros Hombres mejores, perfeccionados, en ascendencia siempre... Adelante!, adelante!, adelante!...

Laureano D'Ore

La contra-revolución

— —

¡Tiempos estos! de esplendorosas perspectivas. Ante el cañon que ruje los pueblos se irguen en demanda de sus legitimos derechos. Ya no es la lucha de nación a nación; los antagonismos fronterizos se convierten en fraternales simpatias. El tirano tiembla y las coronas, cual presas de un vértigo fatal, se tambalean sobre las «augustas» testas de los Césares.

Kerensky ha sido derrocado... El pueblo ruso que ayer lo proclamara hoy lo depone. El triunfo de Lenine y de Trotzky significa la imposición grandilocuente de la voluntad de los obreros y soldados. La causa de los revolucionarios que se defendiera con las gloriosas jornadas de Mayo jamás pudo ser malograda por un caudillo vendido al oro de los usurpadores.

Kerensky, como el más ruin de los ruines, no solo se encargó de transgredir los fundamentales principios de la revolución, sino que en su vileza optó por restablecer las bases anacrónicas del régimen imperialista. Para cada deserción y para cada rebeldia tuvo una ley inexorable; las libertades concedidas se sustituyeron por la injusticia y el crimen. Y aquel pueblo, que vivió bajo el bárbaro despotismo del imperio sangriento de los Romanoff y que ávido de libertad ardió en aras del más soberbio holocausto en las calles de Petrogrado, tuvo una vez más que ser victima de los vejámenes oprobiosos del siniestro tránsfuga.

Pero de nuevo, como si los augures del apocalipsis convulsionaran al mundo con el sonido de sus trompetas, la voz del pueblo ruso ha estallado en todo el impulso de su trémula grandeza.

¡Paz! ha gritado el hambre hecho úlcera en la faz de las madres angustiadas y a ese grito de insólito dolor se ha unido el de los jóvenes, los niños y los viejos. ¡Paz y trabajo! La causa de la libertad y de la civilización que tan inicuamente se defiende en los diversos teatros de la actual contienda, no es la misma que en estos momentos se defiende en Rusia. Allí presiona el interés del privilegio, aquí la conciencia de todo un pueblo que harto de sacrificarse en pro de sus explotadores termina por decidirse a la conquista de sus naturales derechos.

Ya no es Kerensky, ni sus adictos, como así ni el imperio del Japón con su prepotente amenaza, los que han de venir a obstaculizar la obra de perfección emprendida por el pueblo, porque no hay fuerza capaz de imponerse a la voluntad férrea de los desheredados. Aquellos que en la revolución rusa no hallaron otra finalidad que la prolongación insensata de la guerra habrán tenido que experimentar una decepción dolorosa, máxime si se tiene en cuenta la derrota inevitable que en consecuencia sufrirán los aliados. Pero el pueblo ruso no ve eso; lejos de parar mientes en la horrenda catástrofe que asola a la Europa y tras de sacudir con valeroso ímpetu el yugo que lo flagelaba no ha escatimado sacrificios a fin de proclamarse dueño y señor de lo que verdaderamente le pertenece. Y este gesto, digno de un poema de la más grandiosa epopeya que loaran los siglos, muy pronto ha de reflejarse en el más lejano rincón de la tierra. El general Cadorna ya no los dijo; el ejército italiano que otrora fuera un prodigio de intrepidez y denuedo ha empezado por perder el brilloso concepto de moral que lo estimulara y ante el imponente avance de los bárbaros del Rhin los casos de deserción se han contado a millares. ¡No se quiere pelear!... las exhortaciones bélicas ya no trascienden en los sentimientos del soldado.

¡Basta de guerra! ¡Que en vano se han de empeñar los gobiernos por confortar el ánimo de sus súbditos! Por cuanto que a través de las fronteras centellea maravilloso y deslumbrante el Ideal de la confraternidad de todos los pueblos. Ideal que en las tierras ancestrales de Rusia se ha diluido en el cerebro de los hombres y en los sensibles corazones de las mujeres como una gloriosa anunciación de depuraciones futuras.

Antonio Navarrete.

El principio de crecimiento

II

El hombre no es una *cosa*. Y no lo es, en atención a su propia estructura moral, que lo inspira y lo gobierna, en un sentido de pertenencia.

Una *cosa* es elemento maleable y moldeable, sin responsabilidad, de su propio destino, ni percepción de la vida a cumplir, ahora, antes ni después: es lo inorgánico, lo inconsciente. Lo que es *cosa* se lleva o se deja, se hace o se deshace al antojo y capricho de un tercero, de una fuerza inicial y deliberativa. ¿Cuál es esta fuerza inicial y deliberativa? ¿Está en el hombre o fuera de él? No cabe duda. Está en el hombre, dentro de él mismo, como una simiente de fecundidad: es la consciencia de su *Yo*. Entonces, el hombre, no es una «cosa superior a las otras y de cuya se envanece», sinó que, es, incomparablemente, de una dignidad y de un rango distinto, en la consagración y producción de los valores intrinsecos.

El hombre es un valor ético, es un organismo que se desenvuelve sujeto a las leyes de su naturaleza, de su psicología: es una moral en movimiento, la interpretación cabal de un atributo en desarrollo creciente. Y si así no fuera, habría-

mos de negar todo género de valores que enaltecen y cultivan, dentro de nuestros predios, los esfuerzos de la voluntad creadora: los frutos de la inteligencia. Es en atención a esta circunstancia fundamental, a la que es menester atenerse para trabajar y dar impulsos de evolución, desarrollos de civilidad libertadora, crecimiento, a la individualidad humana. No es posible prescindir de esta circunstancia, que es el hombre, con todos sus defectos y con todas sus virtudes, para señalar las esquemas politicas o juridicas, a realizar, de futuras órdenes sociales. Es del todo y en absoluto necesario tenerle en cuenta como factor principalisimo, estudiarle y comprenderle, sin forjar ilusorios castillos de quién sabe qué justicias deleznables.

¿Es, el hombre, libre de toda libertad? No lo es. ¿Es esclavo de toda esclavitud? Tampoco... Es imperfecto. Y de esta imperfección se desprende su esclavitud y nace el despotismo, la tirania maleante que emponzoña todos los cauces de la vida, todas sus arterias. La imperfecicón del hombre es psicológica; pues, que es enfermedad del espiritu y se hace preciso curarle, digo yo, biologicamente, para que sea sano de alma y de entendimiento, y su moralidad no sufra menoscabo, no degenere en vida disipada o en conducta espúrea, en negación ancestral.

¿Qué filosofia o qué escuela, moral o social, ha orientado sus pasos de cultura o sus especulaciones de sabiduría constructiva, de crecimiento, en el respeto y para el respeto de la personalidad interior del hombre? Ninguna... Todas las escuelas han prescindido del elemento humano para construir edificios juridicos, para fundamentar los régimenes, sistemas de sociedad.

Jamás se ha consultado, estudiado y comprendido al hombre. Se hecho uso de él como si fuese, en efecto, una cosa maleable. El mismo se ha engañado ofreciéndose regalias, bienandanzas hiperbólicas, magnificas y maravillosas.

Luego la constatación efectiva era muy otra: misérrima y desolada, como una orfandad, como un pauperismo, como una torpeza vergonzante. Los dogmas... Los dogmas religiosos, los dogmas politicos, todos los dogmas, han envenenado las aguas energéticas de la vida. Y el hombre es el surtidor. Y es la vida. Es un mismo atributo de vitalidad, de fuerzas que se chocan, de egoismos que se repelen y se expanden; —pero, lo grave, es que no se expanden en un verdadero sentido de perfección y de justicia cualitativa. Esto es lo cierto. El hombre no es un complemento de la vida en relación al hombre: es su estorbo, su estorbo recíproco.

Se estorba cuando pretende dominar. Cuando el crecimiento de uno es en detrimento del crecimiento de otro. Es la lucha...

¿Pero, es que puede ser de otra manera?

Veremos.

ARMANDO LARROSA.

Reflexiones

Los individuos, aún aquellos, que con aire de suficiencia se tildan individualistas, hablan a menudo de reformas, esperando ansiosos el dia en que sus aspiraciones se vean realizadas; pero esperan que sean otros los que den el paso inicial en el sendero de la ejecución, sin atreverse a empezar por ellos mismos. ¿Como puedo esperar que la dolien te humanidad se haga mejor, si no pongo de mi parte lo que puedo, empezando la reforma por mi mismo?

Como tenemos la perniciosa costumbre a la mala cualidad de ser algo charlatanes, resulta que el desgaste de nuestras energias, no conduce nunca a un fin útil o deseado, pues son tontamente derrochadas en inútil y vana palabreria.

Lo único que verdaderamente se necesita son hechos, certidumbres, realizaciones. Tratemos tesoneramente de hacer obra útil, luchando sincera y conscientemente por la conquista ideal de todos los derechos, e imponiéndonos a la vez, deberes ineludibles, para llegar a concordar definitivamente con los demás hombres.

Esos derechos han de ser indiscutibles, han de estar basados sobre necesidades reales, que son los más sólidos principios, de manera que no dejen lugar a dudas ni por un momento.

En cuanto a los deberes que hemos de imponernos, son aquellos que nos impidan el perjudicar en algo a los demás, pués por ley de compensación hay que establecer el equilibrio.

P. S.

El teatro revolucionario

"LA INUNDACION"

II

Toda obra ha de estar lógicamente unida de manera que, al llegar a su desenlace, veamos esto como el únicamente apropiado, insostituible. Desde sus primeras escenas hasta las últimas han de desenvolverse todas dentro de una realidad tal, que sea capaz de *convencernos* de la *verdad* de la obra. Para que ésta tenga su verdadero valor ha de contener un fondo y desarrollo real, al mismo tiempo que un poder efectivo emanado lógica y humanamente de la obra. Es decir, que la obra ha de contener verdad y belleza. Cuando no se tiene esto en cuenta y se coloca un personaje en situaciones antojadizas o como recurso para justificar un acto posterior del mismo, es cuando la obra se rompe en su principio, pues si tal desenlace es producido, motivado por una situación equivoca, equivoco será todo: situación y final. Tal es lo que nos parece que ocurre en parte con la obra de Pacheco: un importante personaje que es colocado desde el principio equivocadamente, lleva el drama a un final idéntico. Veamos.

Leonardo,—tal es el personaje—es un ingeniero. Llega con el *dueño* del campo al lugar que Adrián, el viejo gaucho, reside desde veinte años, con el propósito de hacer algunos trabajos de su profesión. Apenas llega se enamora del campo florido, del bosque, del hermoso paisaje en que está situado el rancho del gaucho. Se encanta protundamente, según sus declaraciones, y le canta al mismo tiempo a tanta belleza natural. Tambien se enamora de Pampa, la hija del gaucho, pero no dice nada de esto hasta el tercer acto. Estos antecedentes no nos anuncian que estamos ante un anarquista, o al menos un hombre revolucionario, no obstante sus actos posteriores que veremos. Se produce la escena que ya conocemos entre el viejo y el *dueño* por querer éste despojar a aquel del suelo por él fecundado. Leonardo pensaria sobre este incidente y comprenderia la gran injusticia social. Se puede suponer (el autor no nos dice nada al respecto) que tal incidente haya tenido la virtud de crearle (ya que no es posible decir de gestarles ideas, pues en este caso habria que suponer que las tenia en forma latente) ideas de justicia y reivindicación social. Todo ésto se puede, y casi se debe, dado como se desarrolla el drama, admitir como posible, pero no la determinación tan exaltada con que remata sus nuevas ideas de justicia, tan curiosamente interpretadas. Una evolución tan brusca y violenta es solamente posible en un espiritu desiquilibrado o fanático, ambos propensos a la concepción de las ideas más discordantes con la realidad. Pero Pacheco no nos demostró que su personaje haya tenido algunas de estas condiciones. Esto está descontado. El quiso justificar el acto vengativo de Leonardo, en las injusticias sociales que ante sus ojos se cometieron con la familia que él amara desde el primer momento de conocerla. Pero una evolución tan rápida no es explicable que se opere en un espiritu que siempre estuvo al servicio de la ciencia. Un hombre asi tiene la suficiente serenidad para tomar las cosas de la vida diaria en forma más provechosa. Decimos diaria porque el hecho de despojar del producto a quien le corresponde por ser fruto de su labor, no es cosa nueva, sino al contrario y no en un solo lugar de la tierra.

Este hombre de ciencia se ha alterado completamente por una que pasa diariamente y que si fueramos a emplear su remedio (destruir una cosa antes que la posea quien no debe) tendriamos que destruir a la humanidad entera, pues toda ella está basada en esa gran injusticia. Asi que ese personaje es falso en principio. El autor para convercernos que era lógica su manera de obrar debia de presentárnoslo como un fanático o desiquilibrado, y no un sensato, ni mucho menos un espiritu culto y amante a la lectura, como nos lo hace ver el autor. El hecho de presenciar un injusticia tan corriente no es motivo suficiente para destruir lo que se habia hecho como una necesidad humana. Entonces es equivoco en principio. Y lo es también en su fin, desde el punto justiciero. ¿Qué provecho obstendrá con hacer volar con dinamita los diques que el habia construido con el auxilio de su ciencia y con su fin humanitario, haciendo perecer a «todos», victimas y victimarios»?

No hay que olvidar, por otro lado, que él amaba a Pampa y que ésta no se mostraba hóstil con él. Sin embargo lleva a cabo su injstificado acto, privándose de dias de posible dicha y quitándole la vida a quien no le conociamos deseos de morir—Adrián y Pampa.

Esto es lo más malo que contiene el drama. Se ve que el autor tubo necesidad de colocar a su personaje en esa situación para justificar el final, momento de gran efecto, que en algunas ocaciones estriba el éxito de una obra. Pero ha sido mal hecho y contradictorio: primero por la falsedad del personaje y segundo por ser negativo, justicieramente considerado, acto de venganza que pretende justificarlo en una injusticia que es corriente y en un sentimiento imposible.

Si comparamos este personaje con el viejo gaucho vemos más fácilmente la contradición. Las intenciones buenas del autor al presentarnos una victima de nuestra sociedad, se dibilitan en el acto vengativo de Leonardo, que unicamente acusa falta de carácter y mucha insensatez.

Lo repetimos, esto es lo más lamentable del drama. Y por cierto que es lástima, pues, ademas de la buena intención, está muy bien delineado el viejo Adrián.

Pero, como lo hemos dicho, tenemos derecho a esperar algo mejor de Pacheco.

Ricardo FLORERO.

CENTRO GASTRONOMICO DE E. S. DE LA R. ARGENTINA

Este Centro solicita de todos los periódicos libertarios y agrupaciones editoras de folletos, remitan un ejemplar para su mesa de lectura.

Se encarece la inserción de este aviso en todos los periódicos libertarios. Dirección: Salta 138, Buenos Aires. (R. A.)

NOTAS ADMINISTRATIVAS

Ricard.—Cobramos el giro de 1.23 m. u., que se habia extraviado, en pago de paquetes de Zuccarelli. Paga hasta el núm. 51.

Calatayud.—Recibimos 1 peso, va paquete.

R. Florero.—Recibimos las estampillas; en lo sucesivo entregue a Ricart.

G. Fraternidad, Boston.—Desde el número 56 van los 50 ejemplares. De acuerdo en la forma de pago.

M. Rita.—Recibimos 1.55, entregamos 0.80 a «La Batalla».

B. Lonzara.—Recibimos 2 dolars; uno para nosotros y el otro que entregamos a «La Obra»; también mandamos a Ricart su nota.

«La Obra».—Hemos arreglado todo con Pereyra y tomamos nota de los suscriptores.

Martin Diaz.—Recibimos diez pesós que distribuiremos como indica. Cuando mandó su cambio de dirección también se lo notificamos a «La Batalla»; asi que no es culpa nuestra si no la recibe. «Alborada» no sale más; también le mandamos 0.80 de su otro giro.

«La Protesta, B. Aires.—Tenemos cuatro pesos para vosotros de Martin Dias y tomad nota de su nueva dirección: Casa Zas. Rivera, R. O. del Uruguay.

También recibimos una carta del grupo «Luz y Vida» de N. América, en la que nos notifica que os giró cuatro cincuenta para nosotros, ¿lo habéis recibido? De quién eran los 0.50 que publicastéis en Administrativa en este mes pasado.

Notificamos a todos los suscriptores que suspenderemos el envio a todos los que adeudan más de 6 meses.